

Cuarenta cartas para los abuelos

Carmen, mi mamá, una mujer enérgica, de carácter, decidida y comprometida con mi cuidado, me dijo que en la televisión reportaban insistentemente que un virus se había propagado por el mundo, y que había llegado a México desde lejos. Me dijo que afectaba a las personas mayores como a mis abuelos y a las que estaban enfermas, principalmente. Eso me asustó, porque mis abuelos son lo más preciado que tengo, mejor dicho, los abuelos son lo más preciado que tiene cualquier niño o niña a los 9 años. Le pregunté a mi mamá qué podíamos hacer para que ese virus no entrara en su casa. Ella me respondió que la única solución era no verlos por varias semanas.

Aunque no podía pensar en esa idea, tampoco quería imaginarme la vida sin ellos. Así que, para acortar nuestra distancia, escribí una carta cada día que no los viera. ¡Sí, escribí cuarenta cartas! Le pedí a mi mamá que me ayudara a buscar hojas reutilizables que me permitieran expresar todo lo que sentí durante ese tiempo. Busqué mis colores y plasmé en letras toda la falta que me hacían y lo mucho que debía agradecerles en mis años de vida. En la primera carta les dije que los quería mucho y que me gustaba jugar con ellos, aunque no tuvieran tanta energía como yo. Igual, sabía que se esforzaban mucho para hacerme reír y para alimentarme como solo una abuela de Oaxaca lo podía hacer. En la segunda, les recordé el trabajo que les hacía pasar cuando jugábamos a las escondidas. En otra carta, les pedí perdón por romper la maceta de la planta preferida de la abuela; no les había dicho porque me daba pena. También, después, les di las gracias por ser tan pacientes con una niña inquieta que tiene muchas ganas de descubrir y comprender todo lo que pasa a su alrededor. Un día, al escribir, me puse a llorar porque recordé que los abrazos de mis abuelos me ayudaron a soportar la muerte de mi papá, que todavía no entiendo. Sus abrazos me sostuvieron hace un año y, por eso, les dije que no quería volver por lo mismo: era importante que se cuidaran. De esta forma, redacté cuarenta cartas en la cuarenta. En la última, les prometí que al llegar a su casa de nuevo los iba abrazar tanto que si tenían el virus, por casualidad, este se iría rápido de tanto calor y afecto que les iba a dar.

Quizá, con tanta tecnología, resulte curioso escribir cuarenta cartas y no hacer una video llamada cada día del aislamiento. Sin embargo, creo que la letra de mi mano se conecta más directo al corazón de mis abuelos que una voz distante, respondiendo de

manera automática. Ellos podrán releer las cartas cuantas veces deseen y pegarlas a la pared como hacen con los dibujos que les hago cuando me cuidan en las tardes, luego del colegio.

Los dibujos que agregué a cada escrito representan el momento cuando volvamos a la mesa a comer los ricos alimentos cargados de tradición que prepara la abuela con la ayuda del abuelo, porque él también cocina, entre los dos llevan la casa en perfecto equilibrio. Además, pienso que los colores son un tipo de hilo conector muy poderoso. Al final, esta cuarentena me ha hecho entender que las palabras escritas nos acercan, nos sanan y nos permiten manifestar nuestro amor.